OSO CANELA □□□□

George Little

Capítulo 1

Apoya mi obra con tus aplausos si te gusta. Es el único premio que puedo tener de mis lectores: Gracias.

Actualizado: miércoles 6 de enero 2021

Una novela corta de George Little

OSO CANELA

CAPITULO 1

UNA VISITA MUY ESPERADA

© En un bello rincón de Suecia en el año de 1890, existía un orfanato de niñas, y se situaba en un campo abierto en los límites de un bosque. Allí, sucedió un día, que varias de las huérfanas se vieron reflejadas con dichosa alegría en la gran sala de vestidores, porque esperaban ansiosas que pronto llegara un matrimonio sin hijos con fines de adopción.

Las pequeñas vestían sus hermosos uniformes de colores tradicionales; algunas no dejaban de mirarse a los espejos para corregirse cualquier defecto que pudieran encontrar en su apariencia física. Un día como ese, era importante lucir lo mejor posible, pues tenían la ilusión de ser una de las afortunadas.

Sin embargo, en esta ocasión, una niña de nombre Lucía y de hermosa apariencia, no parecía importarle verse bien, ni tampoco se mostraba entusiasmada.

Por otro lado, otra niña de nombre Fanny, se asomó por una de las ventanas rectangulares, y vio con asombro, el paso de un majestuoso

carruaje conducido por uno de los cocheros que tiraban un par de hermosos caballos blancos.

Fanny, que observaba encantada, vio en ese instante el rostro de una joven y bella señora de elegante atuendo, que se asomó por la ventanilla de aquel carruaje para admirar la esplendorosa arquitectura de la mansión.

Para sorpresa de aquella mujer, su principal interés fue ver por unos segundos aquella hermosa niña que aparecía por la ventana del segundo

piso.

La joven señora le dedicó una afectuosa sonrisa y un saludo.

Fanny también le sonrió al agitar su mano, gratamente sorprendida.

—¡Ya están aquí, vengan a ver! —anunció la pequeña Fanny a sus compañeras con gran energía, y brincando de alegría.

Rápidamente, muchas de las niñas corrieron hacia las ventanas, amontonadas con sus miradas curiosas.

Pero en cuanto a Lucía, se quedó sentada en el taburete de uno de los tocadores; se le veía algo triste por una razón que, hasta ese momento, nadie de los presentes parecía notar.

Fanny se acercó con rapidez a su más querida amiga.

—¡Lucía, que esperas! ¡Ven a ver! —Inmediatamente, la tomó de la mano, y casi jalándola, insistió—: ¡Vamos! ¡Es muy bella y tiene porte de una condesa! ¡Anda, ven a conocerla!

Lucía no quiso levantarse de aquel elegante taburete de seis patas ornamentales, cuyos bordes de madera fina estaban perfectamente labrados y pintados de barniz caoba. Su expresión hacia Fanny no demostraba ningún entusiasmo, y de sus pequeños labios no salían palabras.

Fanny no parecía aún darse cuenta de lo triste que estaba Lucía, ya que estaba cegada por la dichosa alegría que, con los ojos bien abiertos, seguía hablando con ese desbordante entusiasmo al decir:

—¿Puedes creer que no dejó de mirarme? ¡Tal vez me elija a mí! ¡Estoy segura que le agradé cuando me vio! —Acto seguido Fanny se vio reflejada en el espejo y se dio esa satisfacción de verse tan bonita que sonrió a sí misma. Luego volteó rápidamente hacia Lucía, y le exhortó—: ¡Anda, ven conmigo! ¡Tienes que verla antes de que entren!

No obstante, Lucía seguía resistiéndose a ir.

Extrañada por ello, Fanny se sentó a su lado en un taburete para tres, tapizado de rojo en terciopelo.

—¿Estás bien? ¿Ocurre algo? —preguntó Fanny sin obtener una respuesta rápida—. ¡Oye! ¿No vas a decirme nada? Si te miraras al espejo, verás que tienes una cara de rana triste —agregó Fanny, con un gesto gracioso

y soltando una risita fugaz.

A Lucía no le causó ninguna gracia aquellas palabras. Se mantuvo tan seria que se limitó a contemplarse al espejo con esa cara aplastada de tristeza.

En consecuencia, el rostro de Fanny se pinchó como un globo volador, porque sus buenos pensamientos se cayeron al suelo, ahora se había puesto muy callada.

—¿En verdad estás triste por algo? —preguntó Fanny de la manera más atenta.

Lucía giró su cabeza para mirarla fijamente a los ojos, y empezó a responderle con algo de agobio:

—¡Oh, Fanny!, temo lo que pase a una de nosotras; especialmente a ti.

Lucía quería expresar su mayor temor, de que una de las dos fuese adoptada, pues eran las niñas más bellas entre todas del orfanato, de imagen casi angelical. Pero esto no era porque las demás no fueran bonitas también, sino que ellas sobresalían más en belleza.

Ante aquel comentario de Lucía, Fanny abrió más sus ojos como la mirada de una lechuza, muy sorprendida, y dijo intrigada:

—¿Qué cosa?

Lucía se puso de pie para soltar todo lo que sentía por dentro.

—No quiero tener padres —dijo de repente Lucía como si sufriese—. Ya no tengo esa ilusión. Deseo que tuviéramos mucha más edad, así ya nadie tendría interés en nosotras. Porque a las niñas más grandes nadie las quiere. Y eso sería bueno para nosotras.

—¿Por qué dices eso? —se apresuró a decir Fanny, sin comprender del todo.

Con la mirada apagada, Lucía no respondió, porque se le hizo un nudo en la garganta.

Esto no detuvo el entusiasmo de Fanny que se encendía rápidamente como la llama del fuego. Y se puso de pie frente a la bella Lucia.

—¡Yo creo que sería formidable tener unos padres que nos quieran y consientan con muchos regalos! —dijo ella en voz alta—. Mamá Helena ha dicho a todas... que ellos viven en Estocolmo. ¿No te parece maravilloso? ¡Algunas de nosotras podríamos conocer la ciudad! Dicen que es muy

hermoso. Es el lugar donde tú y yo hemos nacido.

Lucía se sentó de nuevo en el taburete y volvió hablar en ese tono apagado.

—Si nos adoptaran a alguna de las dos, ya no estaríamos juntas... Nos separarían para siempre. ¿Has pensado en eso?

Esas palabras tomaron por sorpresa a Fanny, pues al fin empezaba a comprender.

—Bueno, yo... no había pensado en eso —dijo Fanny, algo desconcertada, y tomó asiento.

—Fanny, si nos quedáramos aquí juntas para siempre, seríamos mucho más felices —añadió Lucía.

—Sí... es verdad, pero sin padres en nuestras vidas. Y si no los tenemos, tendremos un hueco en nuestro corazón. Y yo anhelo tener padres, como muchos niños los tienen —respondió Fanny.

—Entonces, los tendrías si te escogieran a ti, pero ya no estarías conmigo.

—Pero podrías venirte conmigo, Lucia —dijo Fanny, un poco animada.

—Seguramente ellos no querrán adoptarnos a las dos. Solo han mencionado que vienen por una niña —dijo Lucía.

Fanny pudo captar el gran dilema del asunto, y esto la dejó realmente confundida.

De pronto entró a los vestidores una mujer rechoncha de cerca de cuarenta años. Tenía una cara redonda y regordeta, con la nariz respingona, con los cabellos bastantes canos, recogidos en un moño apretado en la nuca. Se llamaba Helena, a quien todas las niñas huérfanas llamaban con cariño «Mamá Helena.»

Aquella mujer, de mediana edad, estaba algo agitada por las prisas cuando se detuvo con la mirada distraída, y se puso a respirar muy, muy profundamente.

Mientras tanto, tres niñeras auxiliares, daban algunas pequeñas correcciones al cabello arreglado de algunas niñas, pues ellas exigían verse mucho más bonitas que otras.

En ese instante, se abrió paso una de las niñas de nombre Elin, una lapona, indígena de Escandinavia de la provincia sur de Laponia, allá por

Vasterbotten, que colindaba con la zona norte de Norrbotten, y cuya raza se les conoce ahora más apropiadamente como «sami».

La apariencia de la pequeña sami era de pelo corto oscuro, con rasgo esquimal en sus ojos, de color castaño claro; y cosa curiosa que, a su edad de seis años, aparentaba como una niña de casi cuatro años de edad, pues tenía una cabeza más pequeña de lo normal y una estatura baja; aunque por supuesto, no era una enana. Se veía tan frágil por su aspecto, pero lo compensaba con esa expresión tan tierna y dulce que conmovía el corazón de cualquier adulto.

Ella se había soltado diciendo muy alegre:

—¡Mamá Helena! ¡Anda, dime!, ¿luzco bonita? —se apresuró a decir.

Aquella niña de cara chica y redonda, y de un semblante gracioso, se había dado media vuelta, y estiró ese hermoso vestido para lucirse de todo a todo.

—¡Sí, mi niña! Luces hermosa —respondió Helena con un gesto de cariño; un afecto que siempre ha tenido con todas las niñas a quienes ella amaba tanto y había visto crecer.

—¿De verdad? ¡Oh, gracias! —agradeció Elin, tan feliz, que soltó unas risitas que sonaba tan curioso escucharlas.

—¿Por qué tanto alboroto en las ventanas? —preguntó Helena a todas las presentes. Como siempre, era algo distraída cuando estaba tan agitada y nerviosa para no darse cuenta pronto de lo que sucedía a su alrededor.

—Es porque ellos ya están aquí —dijo una de las criadas auxiliares—. Lo bueno que las niñas ya están listas para ser presentadas.

—Ya me lo esperaba que fueran a llegar en cualquier momento. Por eso vine tan pronto como pude. Quería asegurarme que estuvieran listas —dijo Helena, un tanto sorprendida, llevándose una mano al corazón. Y suspiró por el pesar—: ¡Oh!... Mis pobres nervios no me han dejado tranquila todo el día.

—¡Están a punto de entrar! —gritó una de las niñas en voz alta, desde la ventana.

Helena se sobresaltó al escuchar.

—¿A punto de entrar? ¡Por Dios! —reaccionó Helena con los ojos muy abiertos como dos bolas de naranjas.

Enseguida, Helena se apresuró para asomarse a una de las ventanas; la reacción de las pocas niñas a su alrededor no se hizo esperar, así que todas corrieron tras ella para amontonarse con el resto de las niñas con gran alboroto.

Lucía y Fanny, sentadas aún en aquel taburete, observaron el hecho sin ningún entusiasmo.

A Helena se le abrieron más los ojos al ver a la elegante pareja que habían sido recibidos por la agradable anciana Benefactora, Julia Seagrin, junto con otras de sus colaboradoras más cercanas en la entrada principal.

—¡Cierto, ya están entrando! —confirmó Helena, mortificada, llevándose las manos regordetas a las mejillas.

Inmediatamente, Helena se volvió hacia ellas y les ordenó:

—¡Niñas! Dejen de mirar por las ventanas. Saldrán en orden como de costumbre. Por favor, sean amables y muéstrense con una sonrisa.

—¿Una sonrisa como la mía? —dijo Elin que mostró su mejor sonrisa.

Elin estaba sin varios dientes frontales a sus seis años, pues algunos dientes de leche se le habían caído ya, como suele suceder normalmente con todos los niños a cierta edad. (Pero esto no debería asustarles a los niños, pues nuevos dientes saldrán de las tiernas encías en su momento apropiado, y ésas, serán para toda la vida si saben cuidarlos).

—Así es, una sonrisa encantadora como la tuya —respondió Helena con simpatía a aquella niña lapona. Entonces la mujer dirigió su atención a todas las demás—: Bien niñas, si una de ustedes quiere ser la afortunada, traten de ganarse la simpatía de la pareja. ¡Vamos, niñas! ¡Andando, andando!

Lucía y Fanny se vieron obligadas a levantarse de inmediato del taburete para enfilarse con las demás niñas.

Cuando aquellas dos grandes amigas salieron del salón de los vestidores e iban por el amplio pasillo, intercambiaron una mirada seria; estaban muy pensativas. Podría decirse que la alegría de Fanny por la ilusión de ser elegida... se había desvanecido, tal como sucede con la niebla cuando sale el sol. Y todo debido al comentario de Lucía. Ahora la pobre criatura estaba realmente confundida.

¿Que se podría esperar ahora de ellas dos ante esta visita tan esperada

por muchas de las niñas?

ESTIMADO LECTOR...

¿Qué te pareció este fragmento de la novela? ¿Puedes comentarlo en pocas palabras? ¿Cuántos aplausos le das? Márcalo como favorito si te gustó mucho. Así dejarás huella en las notificaciones y podré saber de su Perfil y sus Obras.

Copyright © Mayo 2015. Todos los derechos reservados.

Total de páginas en libro impreso: 120

Presentación de la novela en Me Gusta Escribir (sábado 2 de mayo 2015).

© SafeCreative: 1803523431278

Capítulo 2

CAPÍTULO 2

LA NIÑA ELEGIDA

© Julia Seagrin, la adorable anciana benefactora del orfanato, pasaba del pórtico al salón principal, acompañada por el señor Gustavo Bergman, un hombre refinado y cuya edad era de treinta y cuatro años, delgado, con un cabello algo ondulado, y tenía un aspecto moderadamente agraciado; y junto a él, iba su bella esposa, que era mucho más joven que él y se llamaba Anna.

Detrás de ellos, le seguían de cerca: Matilda Berg, Selma Brander, y las institutrices Sofía Lundberg y Elsa Lindgren, las apegadas ayudantes de la

benefactora.

—¡Es maravilloso! —exclamó la joven y elegante señora Bergman con una sonrisa de oreja a oreja, que iba ya por delante de todos, admirando la arquitectura interior del salón principal; aquel lugar le había parecido espléndido y bellamente decorado. Entonces se volvió a la señora Seagrin para preguntar—: ¿Siempre ha vivido aquí?

—No ha sido por siempre; pero casi toda una vida sí —respondió la anciana con cordialidad, a lo cual añadió—: Hace muchos años, un poco después de casarme, mi esposo y yo visitamos este lugar y a ambos nos encantó, así que insistimos en comprar esta mansión de verano que perteneció a una viuda y solitaria Condesa.

—Entonces fue muy afortunada que le cediera este lugar tan encantador.

—Y apropiado para una estancia agradable en verano —agregó el señor Bergman tras las palabras de su mujer, un hecho inusitado, pues era un hombre de pocas palabras en ocasiones como éstas, cuando no se trataba de sus propios negocios del cual mucho tenía de que hablar.

—También tiene una hermosa vista al bosque y al lago —dijo admirada la joven señora Bergman al ver al exterior a través de un elegante ventanal. Luego volvió la vista y preguntó—: Señora Seagrin, disculpe mi curiosidad, pero ¿cómo fue que se interesó en convertir este lugar en un orfanato?

—Cariño, no me parece una pregunta conveniente, creo que es muy personal para ella —le dijo el señor Bergman, algo apenado por la imprudencia de su mujer.

—No se inquiete por eso, señor Bergman. Me agrada contar algunas cosas de mi vida... Todo empezó el día en que enviudé..., muchos años después de un dichoso matrimonio; fue tanta mi soledad que decidí socorrer a niñas huérfanas; este lugar era demasiado para mí sola. Poco después, realicé mi deseo..., di acogida a muchas niñas y pude ayudarlas a conseguirles buenos padres. Y mire aquí, el tiempo ha pasado y he llegado a mí vejez, y aún sigo con niñas huérfanas; cuento con el apoyo de todas estas mujeres que me ayudan a criarlas —mencionó Julia Seagrin, con esa amabilidad que siempre la caracterizaba.

—Seguramente usted es una gran benefactora que ha cuidado muy bien de las niñas; estoy admirada por tal bondad. Será un honor adoptar a una de ellas —dijo la señora Bergman, al tomar de la mano a su esposo con radiante sonrisa.

—Puede estar segura de que cuidaremos muy bien de ella. Será como nuestra hija que lleva nuestra sangre. Tendrá todas las comodidades y la

mejor educación —dijo el señor Bergman, esforzando una ligera sonrisa en sus labios.

—No dudo de que serán unos padres excelentes para la niña afortunada. En verdad me complace mucho que tengan ese interés por una de ellas —dijo Julia Seagrin.

—Hemos venido de muy lejos, que en todo el camino he estado ansiosa por conocerlas —dijo la señora Bergman al mirar en cada rincón del gran salón, por si veía venir algunas de las niñas en alguna parte, pero no vio a ninguna de ellas.

Julia Seagrin percibió ese deseo de aquella mujer, de conocer inmediatamente a las niñas. Así que miró a su única sobrina que tenía en la vida y que era la encargada de todo asunto relacionado al orfanato.

—Por favor, Matilda, que traigan a las niñas —le solicitó la Benefactora.

—Claro que sí. Estarán presentes en un momento —dijo la mujer con una forzada sonrisa, y se dispuso a ir por ellas. Pero cuando Matilda ya estaba al pie de las amplias escaleras de la sala principal… las niñas aparecieron a la vista de todos, y caminaban en fila desde el balcón interior del pasillo principal.

—¿Son ellas? —dijo la visitante con resplandeciente sonrisa al verlas bajar.

—Sí, son mis adorables niñas. Me alegro que ya estén aquí —respondió la Benefactora.

—¡Se ven tan hermosas con esos uniformes tan coloridos! —expresó con emoción la joven señora Bergman, que las contemplaba con esos bellos ojos verdes que daban brillo a su bello rostro—. Se ven encantadoras todas ellas, creo que me será difícil escoger.

—Tendrán todo el trascurso del día para conocerlas mejor, y sin duda podrán elegir a una sin ningún problema —expresó la Benefactora.

Entonces las niñas bajaron despacio de forma ordenada y en pares; cada una de ellas agarrándose a la barandilla de las amplias escaleras, y con la otra mano, estrechando la mano de su compañera más pequeña a su lado.

Helena iba por delante de ellas, bajando con dificultad debido a su sobrepeso, sin dejar de apoyarse de la barandilla. Entonces ella, al pisar el último escaño, respiró hondo para recuperar su dificultoso aliento, y procedió a dar unos cuantos pasos, y se presentó así misma ante la esperada visita, a la vez de que se disculpó por el inconveniente retraso

de que las niñas no fueran presentadas apropiadamente.

—Lo importante es que ya están aquí, y que mi esposo y yo tenemos la dicha de conocerlas en todo este hermoso día —dijo la señora Bergman, que suspiró al ver a todas aquellas huérfanas que coordinadamente se ponían en fila delante de ella.

Las niñas ya estaban ordenadas en una sola línea, desde la más pequeña de tres años, hasta la mayor de diez años, y casi todas sonreían educadamente.

Helena los animó a saludar. Y todas saludaron a coro las palabras apropiadas de saludo de bienvenida.

—¡Que lindas! Son tan educadas, disciplinadas y amables. ¿No es así, cariño? —preguntó la señora Bergman, admirada por lo que habían visto sus hermosos ojos.

El señor Bergman, de emociones apagadas, sólo se limitó a decir por aquellas niñas:

—Sí, me parecen simpáticas y educadas. Es un gusto conocerlas niñas.

—También para mí es un placer conocerlas, mis pequeñas princesitas —dijo enseguida la señora Bergman acercándose más a ellas, con una leve reverencia para ganarse su amor y confianza.

Ante aquel gracioso saludo y habérsele llamado con honor «princesitas», algunas de las niñas rieron fugazmente. Y otras, simplemente sonrieron.

Ahora bien, se hizo evidente el interés de ellos por las más pequeñas, las primeras en la fila.

La señora Bergman empezó a intercambiar algunas palabras agradables con una niña tras otra, y las observaba atentamente y con un gesto de cariño a cada una de ellas.

Su esposo la siguió a su lado, y también observó a las huérfanas que no dejaban de sonreír, excepto por Lucía y Fanny que estaban muy calladas, descartadas por ahora a la vista de ellos.

Fanny estaba muy nerviosa cuando cada vez se acercaban más a ellas; y en eso, sucedió que Fanny empezó a arrugar su carita. Era evidente que la niña estaba a punto de estornudar, y no lo pudo evitar.

—¡Aaachuuuppp!

La señora Bergman, que estaba inclinada a la altura de una de las pequeñas, escuchó aquel fuerte estornudo; entonces alzó su mirada un poco más allá de la fila de aquellas bellas criaturas... enfocando su especial atención en Fanny.

Fanny era una linda niña de cabello rubio, tan dorado y claro como un girasol, y de ojos intensamente azules como el admirable cielo; en cuanto a su piel era de hermoso color rosa pálido.

La señora Bergman se acercó a Fanny con ese semblante que empezaba a iluminarse por el gusto que sentía por aquella hermosa niña que no dejaba de contemplar.

—¡Hola, pequeña! ¡Qué hermosa eres! ¡Puedo decir que las más bella de todas! —dijo ella con un rostro feliz, acariciando tiernamente la pequeña barbilla y suave mejilla de la chiquilla—. Me encantaría saber tu nombre.

Tras una mirada nerviosa y vacilar un poco en hablar, la niña rubia apenas pudo responderle:

—Me llamo… Fanny.

—¿Fanny...? ¡Es un bello nombre! —dijo la mujer. Luego preguntó inmediatamente—: ¿Tú eres la niña que miré en aquella ventana y saludé?

Fanny guardó un silencio temeroso, pues notó su interés especial por ella. Ahora estaba segura de no querer ser adoptada. Pero ya era demasiado tarde.

—Tengo la plena seguridad de que eres tú —continuó diciendo la señora Bergman.

Fanny puso una carita de angustia.

Lucía que estaba a su lado, con una cara más triste que al principio, también había notado que la señora Bergman había mostrado vivo interés en su más cercana amiga, quién era casi como una hermana de sangre. No tenía dudas de que la separarían de ella para siempre, ya no estarían juntas para jugar en el campo cada verano durante la primavera, como lo hacían siempre desde que tenían recuerdo de ello, pues tenían un espíritu aventurero. Aquella promesa entre ellas: "juntas para siempre" parecía esfumarse para siempre.

Ante aquel breve silencio, una voz rígida se oyó decir de repente.

—Fanny, es de mala educación no responder inmediatamente a la pregunta —dijo la directora del orfanato: Matilda Berg, con esa voz seca y de aspecto algo severo. (Las pocas veces que podía sonreír, nunca parecía reflejar un brillo de alegría en sus ojos, sino un semblante de amargura, y por el cual prácticamente, todas las huérfanas no la querían por sus duras disciplinas).

—Siento haberme quedado callada, señora Bergman —se disculpó Fanny, algo desalentada, y que apenas pudo decir con tan pocas palabras.

—¿Entonces... eres tú? —recalcó la señora Bergman, pues quería asegurarse, abriendo más los ojos, atenta a su respuesta.

—Sí, soy la niña de esa ventana—respondió finalmente Fanny con voz triste.

La joven señora Bergman se quedó callada por un segundo por la emoción.

—Fanny... No te veo contenta mi niña. ¿Estás bien? —le preguntó la Benefactora al acercarse a ella con dulce voz y una ternura que siempre caracterizaba su personalidad.

—Sí, estoy bien. Solo, solo que… Ya no... —dijo Fanny, titubeante, estando a punto de decir lo que ya no quería para ella, pero había sido interrumpida.

—Seguramente está nerviosa. ¡Pero no se diga más! ¡Ella es la elegida! —dijo de repente la señora Bergman a todos, con radiante alegría.

Fanny y Lucia intercambiaron una mirada, estaban muy sorprendidas.

El resto de los presentes también quedaron anonadados. Incluyendo al señor Bergman, porque no le fue consultado por su querida esposa antes de tomar una decisión tan importante en la vida como esa. Su mujer ya lo había hecho público. Así que aquel señor, se disculpó con todos y apartó con gentileza a su querida esposa a un rincón de la gran sala.

—Cariño, siento tener que decirte esto: ¿no crees que es demasiado precipitado tomar una decisión así? Tenemos todo un día para elegir a la más apropiada en común acuerdo —le dijo el señor Bergman con delicadeza.

—Lo sé, lo sé, cariño. Y discúlpame por no consultarte primero. Me he

dejado llevar por esta emoción tan grande que siento por esa niña.

—Pero ¿por qué precisamente ella? —preguntó su esposo, algo intrigado.

—Porque ella me vislumbró el alma desde que la vi en aquella ventana al llegar. Esa sonrisa cautivadora y mirada angelical que tocó mi corazón. Entonces, al verla y saludarla desde el carruaje, dije: ¡Es ella! ¡Es ella! —recalcó, tocándose el corazón y con una mirada de gran ilusión.

—Debemos primero analizar a más de una de ellas detenidamente, y luego decidir juntos. Quedamos en elegir a una de las más pequeñas —le recordó él asumiendo un semblante más serio—. Ella debe tener como siete años o casi ocho.

—Perdóname, cariño. He cambiado de opinión respecto a la edad. Tan solo, ¡mírala bien! —Señaló a la niña Fanny con la mirada—. Es hermosa. No dudo de que sea más encantadora que todas ellas

El distinguido hombre miró a la pequeña sin ninguna emoción.

—Pues se ve muy seria y triste. Como si no quisiera ser adoptada —dijo él.

—Tal vez sea porque está nerviosa. —Y volteó su cara hacia su marido—. Solo quiero que me escuches con toda atención por esta vez. Desde que nos casamos, siempre hemos tomado buenas decisiones juntos, y todo se ha realizado como lo esperábamos. Ahora, dame esta oportunidad de decidir por los dos, y ya verás, que tu corazón responderá por igual de que no me equivocaré con ella —le expresó ella con tanto sentimiento que su esposo finalmente consintió.

Anna Bergman se emocionó tanto por tener ahora el apoyo de su amado esposo que lo abrazó. Finalmente, se volvió hacia la Benefactora con radiante alegría para decirle:

—¡Fanny es la elegida! Hemos hablado y ya estamos de acuerdo.

—¿Seguro que ambos lo están? —dijo la Benefactora, con ese asombro como todas las demás servidoras que lo estaban. Al igual que todas las niñas que ya habían perdido esperanzas de ser elegidas y esfumado todos, todos sus sueños.

—¡No hay duda de ello! —confirmó la señora Bergman sin más que decir en cuanto a ello.

—Así es, señora Seagrin. Fanny será definitivamente la elegida —interpuso el señor Bergman, cuando pasó su brazo por los hombros de su esposa en muestra de su apoyo.

Ambas niñas se vieron con los ojos mojados al borde de las lágrimas. Pues todo aquel acontecimiento significaría definitivamente: su separación. Fanny tendría que irse de aquel bello lugar al cual dichosamente, ella y su amiga habían crecido juntas.

Elsa Lindgren, una de las institutrices, y de hermosa apariencia a sus veinticinco años... se dio a la tarea de tranquilizarlas.

—No vayan a llorar por esta separación, deben ser fuertes —les dijo dulcemente, para evitar un momento incómodo a los invitados.

—¿Todo está bien con ella? —se acercó la señora Anna.

—Sí, todo está bien. Sólo están un poco... impresionadas —dijo la institutriz.

—Alégrate, mi niña. Estarás bien con nosotros. Te llevaremos a Estocolmo. Allá te espera una gran habitación especial y muchos regalos de bienvenida —le animó la señora Anna Bergman, haciéndole un gesto de cariño.

Una sonrisa comprensiva asomó en el rostro de la Benefactora, y se acercó a la niña elegida y le dijo en un tono dulce:

—Fanny, todo saldrá bien. No tienes porqué asustarte mi vida. Como dice la señora Bergman, tendrás una vida maravillosa; será como una vida de cuentos.

—Así es, Fanny; has sido la niña afortunada y deberías estar feliz por ello. Ya te acostumbrarás a una nueva vida con ellos —dijo Selma Brander (que cuidaba personalmente de la Benefactora y atendía sobre sus necesidades). Ella también estimaba demasiado a las niñas y las había visto crecer.

La carita de Fanny sólo reflejaba seriedad, sin más que decir y aceptar con resignación... su destino.